

## TALLER

Introducción a la problemática  
del mundo contemporáneo

Profesor Titular: Ing. Agr. Carlos Mundt

4a clase

"Trabajo y Producción"

## Introducción

Hay que aprender a discernir las oportunidades no realizadas que duermen en los repliegues del presente. Hay que querer apoderarse de las oportunidades, apoderarse de lo que cambia. Hay que atraerse a romper con esta sociedad que muere y que no renacerá más. Hay que atreverse al Éxodo. No hay que esperar nada de los tratamientos sintomáticos de la "crisis", ya no hay más crisis: se ha instalado un nuevo sistema que tiende a abolir masivamente el "trabajo". Restaura las peores formas de dominación, de servidumbre, de explotación al obligar a todos a luchar contra todos para obtener ese "trabajo" que ha abolido. No es esta abolición lo que hay que reprocharle, sino pretender perpetuar como obligación, como norma, como fundamento irremplazable de los derechos y de la dignidad de todos, ese mismo "trabajo" cuyas normas, dignidad y posibilidad de acceso tiene a abolir. Hay que atreverse a querer el Éxodo de la "sociedad de trabajo": no existe más y no volverá. Hay que querer la muerte de esta sociedad que agoniza, con el fin de que otra pueda nacer sobre sus escombros. Hay que aprender a distinguir los contornos de esta sociedad diferente detrás de las resistencias, las disfunciones, los callejones sin salida de los que está hecho el presente. Es preciso que el "trabajo" pierda su lugar central en la conciencia, el pensamiento, la imaginación de todos: hay que aprender a echarle una mirada diferente: no pensarlo más como aquello que tenemos o no tenemos, sino como aquello que hacemos. Hay que atreverse a tener la voluntad de apropiarse de nuevo del trabajo.

Las polémicas que ha suscitado la obra de Jeremy Rifkin<sup>1</sup> son significativas en relación con esto. Lo que él llama "el fin del trabajo" anuncia el fin de lo que todo el mundo ha tomado la costumbre de llamar "trabajo". No se trata del trabajo en sentido antropológico o en sentido filosófico. No se trata del trabajo de la parturienta, ni del escultor o del poeta. No se trata del trabajo como "actividad autónoma de transformación de la materia", ni del trabajo como "actividad práctico-sensorial" por la cual el sujeto se exterioriza produciendo un objeto que es su obra. Se trata sin duda del "trabajo" específico propio del capitalismo industrial: un trabajo al que nos referimos cuando decimos que una mujer "no tiene trabajo" si consagra su tiempo a educar a sus propios hijos, y que "tiene trabajo" si consagra aunque más no sea una fracción de su tiempo a educar a los hijos de otra persona en una guardería o en un jardín de infantes.

El "trabajo" que se tiene o no se tiene puede no contar con ninguna de las características del trabajo en sentido antropológico o en sentido filosófico. De hecho, por lo general en la actualidad está desprovisto de todo aquello que lo definía para Hegel: no es la exteriorización (Entäußerung) por la cual un sujeto se realiza inscribiéndose en la materialidad objetiva de lo que crea o produce. Los millones de empleados o de técnicos "que trabajan" en la pantalla de visualización no "realizan" nada tangible. Su actividad práctico-sensorial está reducida a una pobreza extrema; su cuerpo, su sensibilidad, puestas entre paréntesis. Su "trabajo" no es en ningún sentido una "configuración apropiativa del mundo objetivo", por más que pueda tener una configuración como efecto mediato muy lejano. Para los "trabajadores" de lo inmaterial, como para la mayoría de los que ofrecen servicios, los "productos" de su trabajo son evanescentes, consumidos al mismo tiempo que se realizan. Es raro que esos "trabajadores" puedan decir: "He aquí lo que hice. He aquí mi obra. Esta es mi obra". Detesto a los mistificadores que, en nombre de la definición filosófica o antropológica del trabajo, justifican el valor de un "trabajo" que es la miserable negociación de aquél.

Queriendo negar "el fin del trabajo" en nombre de su necesidad y de su permanencia en el sentido antropológico o filosófico, demostramos lo contrario de lo que querríamos demostrar: precisamente en el sentido de realización de sí, en el sentido de poiesis, de creación de una obra o de una producción, el trabajo desaparece más rápidamente en las realidades virtualizadas de la economía de lo inmaterial. Si deseamos salvar y perpetuar ese "verdadero trabajo", es urgente reconocer que el verdadero trabajo no está más en el "trabajo": el trabajo, en el sentido de poiesis, que se hace, no está más (o no está más que de manera cada vez más rara) en el "trabajo" en sentido social, que tenemos. No demostraremos la perennidad necesaria de la "sociedad del trabajo" invocando su carácter antropológicamente necesario. Por el contrario; es preciso que salgamos del "trabajo" y de la "sociedad de trabajo" para volver a encontrar el gusto y la posibilidad del trabajo "verdadero". A su manera (que no es la mía), Rifkin no dice otra cosa: dice que el "trabajo" cuyo fin anuncia deberá ser reemplazado por actividades que tengan otras características.

El "trabajo" que el capitalismo en su última fase ha abolido masivamente es una construcción social; precisamente por eso puede abolirlo, ¿Por qué decimos que una mujer tiene un "trabajo" cuando enseña en un jardín de infantes y que no lo tiene cuando cría a sus propios hijos? ¿Por qué a la primera se le paga por lo que hace y a la segunda no? Pero la madre que se queda en el hogar seguiría sin tener un "trabajo", aunque se aproximaría a un subsidio social igual al salario de una puericultora. Seguiría siempre sin tener un "trabajo" aunque también tuviera un diploma de educadora. ¿Y eso por qué? Porque el "trabajo" está definido de entrada como una actividad social, destinada a inscribirse en el flujo de los intercambios sociales en la escala de toda la sociedad. Su remuneración testimonia esta inserción, pero tampoco es lo esencial: lo esencial es que el "trabajo" llena una función socialmente identificada y normalizada en la producción y la reproducción del todo social. Y para llenar una función socialmente identificable, él mismo debe ser identificable por las competencias socialmente definidas que pone en funcionamiento según procedimientos socialmente determinados. Debe, en otros términos, ser un "oficio", una "profesión", es decir la puesta en obra de competencias institucionalmente certificadas según procedimientos homologados. La madre que se queda en el hogar no llena ninguna de estas condiciones: su trabajo no se integra en el proceso del trabajo social; no está sujeto a procedimientos homologados, institucionalmente controlados (o controlables) en su conformidad con normas profesionales; no está sujeto a criterios públicos en materia de horarios y de eficiencia, En resumen, no se sitúa en la esfera pública, no responde a necesidades socialmente definidas, socialmente codificadas. No más que el trabajo del esclavo o del sirviente personal, al servicio de los deseos privados de su amo. No más que el trabajo de creación, artístico o teórico.

El creador, teórico o artista, no "trabaja" (no tiene un trabajo) salvo que dé cursos o clases que respondan a una demanda pública y socialmente determinada; o cuando ejecuta un encargo. Lo mismo ocurre con todas las actividades artísticas, deportivas, filosóficas, etcétera, cuyo fin es la creación de sentido, la creación de sí (de subjetividad), la creación de conocimiento. La creación no es socializable, codificable; es por esencia transgresión y recreación de normas y de códigos, soledad, rebelión, rechazo y oposición al "trabajo". No puede ser un "sustituto del trabajo" (como lo sugería Bernard Perret) encargado de perpetuar la sociedad del trabajo.

Por la homologación de las competencias, de los procedimientos y de las necesidades que implica, el "trabajo" es un poderoso medio de socialización, de normalización, de estandarización, que

reprime o limita la invención, la creación, la autodeterminación individuales o colectivas de normas, de necesidades y de competencias nuevas. Por eso, el reconocimiento social de nuevas actividades y competencias que responden a nuevas necesidades siempre tuvo que ser impuesto por luchas sociales. Lo que está en juego siempre ha sido, por lo menos implícitamente, político: había que hacer retroceder el poder de la sociedad (de sus aparatos, profesiones organizadas, leyes y reglamentos) sobre los actores sociales para afirmar el poder y el derecho de éstos sobre aquéllos.

La facilidad con la cual el neoliberalismo se impuso a partir de fines de los años setenta encuentra una de sus causas en esto: el rechazo cada vez más extendido, aun para la clase obrera, de la normalización propia del fordismo y de la "dictadura sobre las necesidades", propia de la burocratización del Estado providencialista: los "ciudadanos" se habían convertido en "administrados", tenían derechos sólo en tanto y en cuanto su "caso" individual estaba previsto por una clasificación preestablecida y por la nomenclatura oficial de las necesidades. La solución colectiva de los problemas colectivos, la satisfacción colectiva de las necesidades colectivas se encontraban así desviados y los lazos de solidaridad vivida se habían roto a causa de una individualización metodológica que reforzaba la dominación del aparato del Estado sobre los ciudadanos, transformados en "clientes" de éste.<sup>2</sup>

En principio (pero sólo en principio) la abolición masiva del "trabajo", su desestandarización y desmasificación posfordistas, la desestatización y la desburocratización de la protección social habrían podido o habrían debido abrir el espacio social a abundantes actividades auto-organizadas y autodeterminadas en función de necesidades experimentadas y meditadas. Esta liberación del trabajo y esta ampliación del espacio público no se produjeron: habrían supuesto el nacimiento de una civilización, de una sociedad y de una economía diferentes, que habría puesto fin al poder del capital sobre el trabajo y a la preeminencia de los criterios de rentabilidad financiera. Pero la desestandarización, la desmasificación y la desburocratización posfordistas buscaban el fin contrario: sustituir las leyes que se dan las sociedades-Estado por las "leyes" sin autor del mercado; gracias al juego sin obstáculos de esas "leyes" sustraer el capital al poder de la política; poner en vereda a las clases obreras rebeldes aboliendo el "trabajo", pero sin dejar de hacer del "trabajo" la base de pertenencia y de derechos sociales, el camino obligado hacia la estima de sí y de los otros.

Así se abrió una nueva era en la cual lo que podía servir para liberar a los hombres y las mujeres de las necesidades y las servidumbres, se volvió contra ellos para desposeerlos y someterlos. Así reaparecieron las mismas formas de subproletarización, de miseria fisiológica, de "vagabundeo" y de "bandidaje" que habían acompañado al nacimiento del capitalismo fabril a fines del siglo XVIII. Así las condiciones de vida del "tercer mundo" se extendieron por el "primer mundo". Así el "desarrollo" de las producciones que valorizan el capital hizo que desmejorara el trabajo de subsistencia que no lo valoriza, forzando a cientos de millones (no exagero) de pobladores rurales del "tercer mundo" a ir a engrosar las villas miseria de las gigantescas concentraciones urbanas. Así, al mismo tiempo, la masa de capitales, sin precedentes en la historia, obtuvo tasas de beneficio sin precedentes en la historia; y esos capitales lograron producir volúmenes crecientes de riquezas consumiendo cada vez menos trabajo, distribuyendo cada vez menos salarios y pagando cada vez menos impuestos (por cierto, nada de impuestos) sobre los beneficios y dejando de tal manera de financiar los costos sociales y ambientales engendrados por la producción, el costo de las infraestructuras de las que ésta tiene necesidad.

Así la reproducción material y cultural de las sociedades entra en crisis y la anomia, la barbarie, las guerras "civiles" larvadas o no, el miedo a un desfundamiento de la civilización y a la implosión de la economía globalizada, basada en las finanzas, en la cual el dinero produce dinero sin vender ni comprar nada más que dinero, se extienden a todos los continentes. El dinero se convirtió en un parasito que devora la economía y el capital, en un depredador que saquea la economía. Uno y otro, gracias a la globalización del mercado liberado de todas las reglas y obstáculos, se emancipan de los Estados y de las sociedades, sustituyendo las sociedades-Estado por la no-sociedad absoluta y los Estados-Nación por un Estado "Virtual" sin territorio ni fronteras ni distancias ni ciudadanos: el Estado global propio del dinero-rey. Así, el capital realiza por fin su esencia ideal de poder supremo que no admite ni compartir ni tener trabas. Separado del mundo de la vida y de las realidades sensibles, sustituye los criterios del juicio humano por el imperativo categórico de su propio crecimiento y sustrae su poder a los poderes humanos: tuvo éxito en su Éxodo.

El capitalismo logró, al hacer esto, remontar la crisis del modelo fordista. Lo logró al apoderarse de una mutación tecnocientífica que lo supera a él mismo y cuyo alcance histórico y antropológico es incapaz de asumir, como lo demuestra Jacques Robin.<sup>3</sup> En gran medida desmaterializó las principales fuerzas productivas: el trabajo (y no estamos más que en el principio de ese proceso) y el capital fijo. La forma más importante del capital fijo es, desde ese momento, el saber almacenado y que se vuelve instantáneamente disponible por las tecnologías de información, y la forma más importante de la fuerza de trabajo es el intelecto. Entre el intelecto y el capital fijo –es decir, entre el saber vivo y el saber-máquina – ahora la frontera es vaga. El capitalismo posfordista hace suya la fórmula de Stalin: "El hombre es el capital más precioso". "El hombre" está subsumido en el proceso de producción como "recurso humano", como "capital humano", capital humano fijo. Sus capacidades específicamente humanas están integradas en un mismo sistema con el intelecto inanimado de las máquinas. Se vuelve ciborg, medio de producción en su totalidad, hasta su ser sujeto, es decir capital, mercancía y trabajo a la vez. Y en la medida en que sus capacidades no tienen utilidad en el sistema de valorización del capital dinero, es rechazado, excluido, considerado inexistente. El hombre-capital-más-precioso no es hombre más que si puede funcionar como capital.

He aquí lo que la excelente pregunta de Lester Thurow sitúa en su contexto: "¿Cómo puede funcionar el capitalismo cuando el capital más importante, el capital saber, no tiene más propietario?"<sup>4</sup> El capitalismo por el momento le ofrece dos respuestas parciales y provisionarias:

1) La "empresa individual" en la cual "el hombre" se trata a sí mismo como capital y se valoriza a sí mismo en tanto que tal. Tal es el caso de la elite of knowledge workers, como los llama Rifkin, que componen una fracción de ese 4 % de norteamericanos activos que ganan juntos tanto como la mitad (51 %) de la totalidad de los salarios. Robert Reich los describía como "una pequeña elite de norteamericanos prósperos en un país de trabajadores cada vez más pauperizados. Los miembros de esta tribu de nómades high-tech tienen más en común entre sí que con los ciudadanos de los países donde hacen sus negocios [...] Se retirarán a enclaves cada vez más aislados del mundo [...] y sus zonas de actividad no se parecerán en nada al resto de Estados Unidos".<sup>5</sup>

2) La segunda solución es la propuesta por las grandes firmas: toman posesión del "capital humano", restableciendo relaciones precapitalistas, casi feudales, de vasallaje y de pertenencia. Se tratará el tema más adelante.

*Autor. Andrés Gorz*

El capitalismo no evitara su hundimiento, dice Thurow, salvo que cambie fundamentalmente, proponga un "gran proyecto", "una visión convincente de un futuro mejor", "la visión de un bien superior común a la sociedad entera". Pero esta visión, agrega, no existe en ninguna parte, "corresponde a la izquierda ofrecerla". ¿Es preciso entonces salvar al capitalismo a pesar de él mismo? ¿Es posible? ¿Hay algo mejor que hacer? ¿Podemos responder a su Éxodo con el nuestro hacia tierras que no domino? ¿Hay caminos practicables para ese Éxodo tanto en los países ricos como en los países periféricos, los que cuentan actualmente con 800 millones de desempleados totales o parciales y en los cuales 1.200 millones de jóvenes llegarán al "mercado de trabajo" en los próximo veinticinco años?

Algunos de nosotros, a comienzos de los años sesenta, distinguíamos entre reformas subalternas y reformas revolucionarias.<sup>6</sup> Las primeras parten, de la urgencia de remediar las disfunciones de la sociedad existente, las segundas parten de la urgencia de superar la sociedad existente en función de una sociedad diferente que está en gestación en ella y que ofrece a las acciones su sentido y su fin último. La tarea de la política sería la de definir objetivos estratégicos intermedios, cuya búsqueda responda a las urgencias del presente, prefigurando la sociedad diferente que exige nacer.

Encuentro en la actualidad el mismo enfoque en Henri Maler<sup>7</sup> y en Jacques Bidet con el cual siento la mayor afinidad. "Cuando se ha renunciado a actuar a partir de un fin último radicalmente diferente", escribe, "se corre el riesgo de ver cómo se borra la frontera precisa entre lo que es transformación socialista de la sociedad capitalista y lo que no es más que un acondicionamiento del capitalismo [...] Es razonable tomar el curso del mundo a partir de su último término concebible [...] Sólo serán finalmente oídos los que quieran cambiar la faz del mundo,"<sup>8</sup>

## Capítulo I Del Estado Social al Estado de Capital

El liberalismo también es una reglamentación de carácter estatal, introducido y mantenido por medio de leyes y de restricciones: es el producto de una voluntad consciente de sus propios fines y no la expresión espontánea, automática, del hecho económico.

ANTONIO GRAMSCI

### 1. El Gran Rechazo

"El capitalismo le declaró la guerra a la clase obrera y la ganó", escribe Lester Thurow<sup>9</sup>. La manera de entrar en tema no es mala. La globalización, en efecto, no se explica por la revolución informática ni por la búsqueda de nuevas salidas comerciales. Al principio fue una respuesta esencialmente política a lo que, hacia mediados de los años setenta, se llamaba "la crisis de gobernabilidad". Esta crisis, principal preocupación de los responsables políticos y privados agrupados en el seno de la Trilateral, se manifestaba en todos los niveles de la sociedad: el del los Estados, las universidades y escuelas, las empresas, las ciudades, los hospitales, los aparatos que debían asegurar la reproducción cultural de la sociedad.

En Estados Unidos, la crisis, a partir de la primavera de 1964, tomó formas casi insurreccionales: los motines del proletariado negro, propagándose del este al oeste, habían saqueado e incendiado barrios enteros de grandes ciudades —en Detroit, el levantamiento había durado cerca de una semana — y habían prolongado hasta los años setenta por las acciones de insubordinación en masa y sabotaje en las grandes fábricas y las universidades. Con una diferencia de varios años, la "disidencia" había ganado, en 1987, las universidades y los liceos de Alemania Occidental, luego se había extendido a los centros industriales del resto de Europa y se había prolongado hasta mediados de los años setenta (hasta 1980 en Italia) por medio de acciones obreras que diferían fundamentalmente de las huelgas habituales: rechazo los tiempos impuestos; rechazo de la cotización por puesto; negativa a obedecer a los "pequeños jefes"; autorreducciones del ritmo de fabricación; ocupaciones prolongadas con secuestro de patronos o de dirigentes; negativa a delegar en los representantes legales del personal el poder de negociar; negativa a transigir sobre las reivindicaciones surgidas de la base; sencillamente rechazo del trabajo.

En esto había otras tantas maneras de rechazar —más allá de la organización opresiva de las grandes fábricas, de las grandes oficinas, de las grandes tiendas— la búsqueda permanente, casi institucional, del compromiso de clase, búsqueda que era la base misma del "compromiso fordista". Los movimientos sociales de los años 1967-1974 se situaban deliberadamente fuera del terreno balizado por las instituciones de la sociedad-Estado. En lugar de reivindicar, buscaban cambiar ellos mismos "la vida", lo que la condicionaba y aquello de lo que estaba hecha. Cambiarla sustrayéndola a la lógica de la productividad, pero también a la del trabajo abstracto, la estandarización, el consumo masivo, la normalidad, la cuantificación, la sincronización. Cambiarla afirmando la especificidad de las necesidades y de los deseos sin posible satisfacción mercantil y monetaria.<sup>10</sup> "La polémica feminista va mucho más lejos que la de los economistas", escriben

Autor. Andrés Gorz

sobre este tema Pietro Ingrao y Rossana Rossanda, "ya que acusa a la esfera política de luchar sobre parámetros esencialmente masculinos, esencialmente productivistas, y por lo tanto competitivos, por lo tanto belicistas, que hacen abstracción del cuerpo, de la reproducción, de la afectividad [...] El cuerpo, el sexo [...] se resisten poderosamente a la abstracción jurídica, esa reductio ad unum que niega la disimetría y que es el fondo de la cultura y del poder masculinos."<sup>11</sup>

Contrariamente a las previsiones de los fundadores del estado providencialista, las protecciones y prestaciones sociales no habían reconciliado a las poblaciones con la sociedad capitalista, ni los procedimientos de negociación y de arbitraje permanente desactivaron los antagonismos sociales. Por el contrario, al intervenir, reglamentar, proteger, arbitrar en todos los dominios, el Estado había sustituido a capas enteras de la sociedad civil, la había subsumido: se habla puesto en primera línea. Responsable de todo o casi, atacado o solicitado a propósito de casi todo, se había vuelto vulnerable por la importancia misma de sus funciones. En consecuencia era urgente —y en esto residía el proyecto no dicho de la Trilateral— sustituir a ese ordenador demasiado visible y atacable por un ordenador invisible y anónimo, cuyas leyes sin autor se impondrían a todos por la fuerza de las cosas como "leyes de la naturaleza", de manera irresistible. Ese ordenador era el mercado.

El mismo razonamiento valía para la "crisis de gobernabilidad" de las empresas. El gigantismo de las grandes fábricas, las grandes administraciones propias del fordismo; la organización centralizada, jerarquizada, rígida, de tareas parceladas, compartimentadas, coordinadas por una plétora de funcionarios y de funcionarios subalternos de la producción, hacía a las empresas sumamente vulnerables. En ese plano también se volvía urgente reemplazar el poder demasiado visible del ordenador central por formas de auto-organización descentrada, es decir, por una organización en red de subunidades relativamente autónomas que, al coordinarse entre sí, también permitieran economizar los costos de organización. Era urgente quebrar por ese lado la combatividad de los asalariados, el poder de negociación de los sindicatos, las "rigideces" que las convenciones colectivas, los acuerdos de empresas, los derechos sociales habían introducido en las relaciones de producción. Era preciso, en una palabra, "liberar el mercado de trabajo" de lo que lo "falseaba", La palabra a la orden del día era "desregulación".

## 2. El Éxodo de Capital

La "crisis de gobernabilidad" tanto en el nivel de las sociedades como de las empresas marcaba el agotamiento de un modelo. Durante cerca de treinta años, los gobiernos occidentales habían practicado políticas keynesianas, dirigistas: los Estados estimulaban la expansión de la producción y de la demanda por medidas fiscales y monetarias; redistribuían una parte creciente de la riqueza producida; por medio del gasto público creaban tantos empleos como suprimían el crecimiento de la productividad en el sector privado. Pero la expansión de las economías iba a encontrar, desde comienzos de los años setenta, límites que las políticas de sostén y de reactivación del crecimiento no permitían superar, Los mercados internos estaban saturados y no justificaban inversiones de capacidad. La "productividad marginal del capital" (es decir, el crecimiento de las ganancias que procuraba una inversión adicional) tendía a cero y su hundimiento anunciaba el fin de una época, en el curso de la cual la producción, la demanda, la productividad y las ganancias podían crecer de forma equilibrada.



Con la desaceleración de la expansión económica, las economías de escala y los beneficios de productividad tendían a su vez a hundirse. El Estado keynesiano y las políticas keynesianas, por otra parte, presentaban más inconvenientes que ventajas para el capitalismo: en ausencia de una expansión económica importante, aumentaban el peso y la influencia del Estado sobre la sociedad. En los países con políticas sociales más avanzadas, los gastos públicos se aproximaban y, a menudo, superaban el 70 % del producto bruto interno, la tasa de déficits públicos, el 10 %. Adoptado por el Partido Socialdemócrata sueco, el plan Miedner demostraba que la propiedad privada del capital dejaba de ser intangible: preveía que los fondos sociales administrados por los sindicatos iban a volver a comprar progresivamente las principales empresas del país para administrarlas y desarrollarlas como cooperativas obreras, de acuerdo con el proyecto de civilización socialdemócrata.

Amenazado por la socialización o la estatización, el capital tenía el máximo interés en poner fin a su simbiosis con un Estado que se había vuelto incapaz de asegurar la expansión del mercado interno. La planificación o "concertación" económica no había sido útil más que durante el período de "crecimiento extensivo", en el curso del cual la reducción de los costos unitarios se había obtenido por la producción en masa en series cada vez más importantes y en instalaciones cada vez más gigantescas. La industria, entonces, debía planificar con mucho tiempo de antelación sus inversiones y necesitaba de un Estado que planificara con mucho tiempo de antelación el avance de las infraestructuras y los servicios públicos indispensables. Con la detención o la desaceleración del crecimiento, no era por medio de una planificación que funcionara como fuente de rigideces sino, por el contrario, través de la mayor movilidad y flexibilidad posibles, que las empresas tendrían oportunidad de agrandarse o, por lo menos, de conservar sus respectivas participaciones en el mercado. "El imperativo de Competitividad" y la necesidad de restablecer la "governabilidad" iban en el mismo sentido: era preciso que el capital se desembarazara de su dependencia del Estado y se liberara de las restricciones sociales; era preciso que el Estado se pusiera al servicio de la "competitividad" de las empresas, aceptando la supremacía de las "layes del mercado". La inversión de la relación de fuerzas seguiría de manera totalmente natural.

El éxodo de capital, en rigor, se aceleró desde comienzos de los años setenta con el desarrollo de lo que, en la época, se llamó las "multinacionales": es decir firmas que instalaban filiales de producción en países extranjeros, con el fin de poder acceder al mercado interno de éstos. La gran mayoría de las multinacionales eran norteamericanas. Estábamos lejos de la globalización que se impuso hacia 1990. Pues la libre circulación de las mercancías estaba todavía limitada por barreras aduaneras y la transferencia de capitales estaba sometida al control y a la autorización previa de los Estados. Sólo a partir de fines de los años setenta, estas trabas a la circulación iban a ser progresivamente abolidas, bajo la presión de los grandes grupos. De multinacionales iban a convertirse en transnacionales, mundiales.

El razonamiento era en todas partes el mismo: la búsqueda del crecimiento dependía, para cada grupo, del crecimiento de sus exportaciones, es decir del aumento de su participación en el mercado mundial. Y el aumento de su participación en el mercado mundial exigía la liberalización no sólo de los intercambios de mercancías sino también de la circulación de los capitales: la posibilidad de invertir y de producir en el extranjero, la posibilidad de incidir en los mercados financieros extranjeros en las condiciones más favorables. En la competencia a la que se entregaban los grupos, los que

sufrían menos controles y limitaciones a su libertad de movimiento tenían mejores oportunidades de influir en ella. El "imperativo de competitividad" conducía irresistiblemente a la globalización de la economía y al divorcio entre los intereses del capital y los del Estado-Nación. El espacio político (el de los Estados) y el espacio económico (el de los grupos capitalistas) no podían coincidir más. Era el fin de lo que Robert Reich llamó el "nacionalismo económico".

La globalización no habría podido desarrollarse, ni siquiera considerarse, en ausencia del potencial, en gran medida no explotado hasta ese momento, de las "tecnologías de información". Si cada gran grupo no hubiera esperado obtener una participación suplementarias en el mercado mundial, sacando un partido mejor y más rápido que los otros de las posibilidades latentes que ofrecía la revolución informática, es verosímil pensar que habría prevalecido la tendencia a la cartelización y a una repartición del mundo por acuerdos de cartel (como en los años treinta) sobre las "guerras comerciales" de las que resultó la globalización de la economía. Pero hay que cuidarse de las explicaciones lineales: la revolución informática permitió la globalización, pero ésta, inversamente, permitió y luego exigió el desarrollo acelerado de las tecnologías de información y de sus aplicaciones. El capital tenía necesidad de una revolución técnica para superar la crisis del fordismo, liberarse de las restricciones socio-estatales, bajar los costos salariales unitarios y acelerar el crecimiento de la productividad. Pero esta revolución técnica no podía ponerse en funcionamiento más que si la relación de las fuerzas sociales y la relación de fuerzas entre capital y Estado eran al mismo tiempo y de manera irresistible modificadas en favor del primero.

Lo que hizo posible el éxodo del capital, finalmente lo hizo también necesario. La "transnacionalización" de las firmas, su éxodo del espacio político nacional se convertía en un "imperativo de supervivencia" para cada una de ellas. Debían dejar de ser empresas para convertirse en estrategias que coordinan y relacionan entre sí una multiplicidad de mercados y de proveedores de todo tipo dispersos en el mundo entero. Robert Reich cita el ejemplo de una Pontiac Le Mans, cuyo costo de producción se reparte a razón del 30% en talleres de montaje de Corea del Sur, del 17,5% en fabricantes japoneses de motores, de elementos electrónicos y de piezas, del 7,5 % en estilistas alemanes, del 4% en Taiwan, Singapur y Japón por pequeñas piezas, del 3 % en Gran Bretaña, Irlanda y Barbados por servicios informáticos y de marketing.

### 3. El Fin del Nacionalismo Económico

La firma es una red transnacional y su centro de coordinación y de decisión estratégica no tiene nacionalidad más que en apariencia, por sus orígenes. Su sede social puede situarse en cualquier parte. Por el juego de los precios de transferencia, la firma realiza sus beneficios allí donde paga menos impuestos o ningún impuesto. Negocia de potencia a potencia con los Estados nacionales, los pone en competencia e implanta sus unidades de producción donde obtiene las subvenciones y las desgravaciones fiscales más importantes, las mejores infraestructuras, una mano de obra disciplinada y barata. Se asegura así una especie de extraterritorialidad, desposeyendo al Estado nacional de ese atributo de la soberanía que es el poder de subir los impuestos y de fijar las tasas. "El capital es de ahora en adelante el único detentador de la soberanía", escribe Marco Revelli, "capaz de decidir directamente, por un acto imparcial, el destino de las naciones" y de "dictarle sus propias reglas al antiguo soberano."<sup>12</sup>

Jamás el capitalismo había logrado emanciparse tan completamente del poder político. Pero hay que agregar que los Estados que de tal manera toma de revés son solamente los Estados nacionales, Y que no ha logrado dominarlos más que poniendo en su lugar un Estado supranacional, omnipresente, poseedor de sus propias instituciones, sus aparatos y sus redes de influencia. Sus instituciones son, como se habrá comprendido, la OMC (ex-GATT), el FMI, el Banco Mundial, la OCDE. Son ellas las que formulan e imponen las leyes y los reglamentos que restringen la libre competencia y la libre circulación de las mercancías y de los capitales, y las que propagan el credo neoliberal, según el cual todos los problemas se resolverán mejor si se deja jugar libremente la ley del mercado.

Con el Estado supranacional del capital aparece por primera vez un estado emancipado de toda territorialidad y cuyo poder, si bien se impone desde el exterior a los Estados territorializados, no recrea fuera de ellos otro lugar político. Por el contrario, es independiente y se separa de toda sociedad, situado en un no-lugar desde donde limita y reglamenta el poder de las sociedades de disponer de su lugar. Sin base social ni constitución política, es un puro aparato que enuncia el derecho del capital globalizado. Poder sin sociedad, tiende a engendrar sociedades sin poder, pone en crisis a los Estados, desacredita la política, la somete a las exigencias de movilidad, de "flexibilidad", de privatización, de desregulación, de reducción de los gastos públicos, costos sociales y salarios, todas cosas pretendidamente indispensables para el libre juego de la ley del mercado.

La desnacionalización de las economías evidentemente tropieza con resistencias (inoperantes por ser nacionales) que cortan en dos tanto a la derecha como a la izquierda política. A un costado está la burguesía globalizada, neoliberal, ideológicamente (si no políticamente) pro-norteamericana, partidaria de disolver la Unión Europea en una zona de libre intercambio con Estados Unidos; al otro costado las burguesías y las industrias tradicionales, los bolsones precapitalistas, una parte de los sindicatos. Frente a la unidad ofensiva del capital globalista, se encuentra también la resistencia en orden disperso de bolsones y de clases antagónicas que van de la extrema derecha a la extrema izquierda, las cuales por lo general no encuentran, para oponerse a la globalización del capital, más que diversas formas de nacional-conservadurismo o nacional-estatismo.

Pero negarse a la globalización, pretender resistirse a ella nacionalmente, conduce infaliblemente a capitular frente a esta globalización. No es contra la globalización que hay que luchar tratando de sustraerse a ella; es en el contexto de la globalización en curso que es preciso luchar por una globalización diferente. La resistencia al capital transnacional no puede ser: ella misma más que transnacional; la resistencia a los agentes de esta globalización exige, ante todo, agentes de otra globalización, guiada por una visión, una solidaridad,, un proyecto de civilización planetarias. A los Estados no les faltan las palancas para cambiar la orientación y la naturaleza de la globalización; les faltan a cada uno de ellos tomados aisladamente, lo que no es lo mismo. Les faltan, porque carecen de la voluntad política común de reconquistar juntas, contra el capital globalizado, una soberanía que no puede ser sino común. La potencia irresistible del capital globalizado se debe sobre todo a la competencia a la que se entregan los Estados para atraerse los capitales por medio de los favores que le conceden, en lugar de negarse conjuntamente a dejarse enfrentar entre sí. Veremos más adelante que la impotencia de los Estados-Nación no es sólo algo a lo que se ven sometidos: también es la coartada para restablecer privilegios que el fordismo había desca-bezado y para abolir derechos que había fundado.

#### 4. La Globalización Tiene Espaldas Anchas

La globalización, la intensificación de la competencia en todos los mercados de todos los países sirven para legitimar cualquier cosa: la disminución de los salarios reales, el desmantelamiento de las protecciones sociales, la explosión del desempleo, la precariedad de todos los empleos, el deterioro de las condiciones de trabajo, etcétera. Todo eso, se dice, es inevitable y necesario. ¿Por qué? Porque, explica con una lógica irrefutable Pierre-Noël Giraud, la capacidad competitiva de las firmas depende de sus inversiones de producción. "Deben tener al por mayor la misma tasa de inversiones" para seguir siendo capaces de competir. "Eso significa que la relación salarios-ganancias de ahora en adelante no puede [ser elegida según los criterios de la política económica] y que... el territorio es el que tiene la participación más favorable en las ganancias, es decir el crecimiento potencial más grande [de las inversiones], es lo que impone su norma."<sup>13</sup>

Dicho de otra manera, para poder sostener la competencia con firmas norteamericanas o japonesas, por ejemplo, sería preciso que las empresas europeas tuvieran tasas de beneficio norteamericanas o japonesas. Ese razonamiento formalmente correcto no sería sin embargo pertinente más que si las tasas de inversión de las firmas fueran iguales a su tasa de beneficio, dicho de otra manera, si la totalidad de los beneficios fuera reinvertida. Pero la realidad es muy diferente.

Durante los años ochenta, gracias al reengineering, los beneficios –antes de la aplicación de impuestos – de las quinientas firmas norteamericanas más grandes aumentaron un 92 % como media. En 1987, se los metieron en el bolsillo a razón del 61 % (contra el 22 % en 1953) los P-D-G [Primeros Directores Generales] (los chief executive officers o CEO) de dichas firmas; en muchos casos, los dividendos distribuidos entre los accionistas se multiplicaron por cuatro. Los dos tercios del crecimiento económico norteamericano fueron acaparados por el 1 %, de la población activa.<sup>14</sup> En 1994, un P-D-G (CEO) ganaba, promedio, 187 veces más que un obrero o un empleado. Ganaba "solamente" 41 veces más en 1975 y 145 veces más en 1992.<sup>15</sup> La misma, tendencia se registró en el resto del mundo. En Francia, llamativamente, las disminuciones fiscales acordadas a los ingresos financieros entre 1989 y 1991 habrían privado al Estado de 80 millones de ingresos por año. En todas partes se explicaba gravemente que "el imperativo de la competitividad" exigía una reducción de los impuestos sobre los ingresos altos, pues el ahorro de los ricos es lo que financia (en parte) las inversiones indispensables para la competitividad de las firmas.

Pero lo que se produjo fue lo contrario, y no sólo en Estados Unidos. En Francia, llamativamente, la tasa de inversión de las empresas cayó en 1995 a su nivel más bajo en treinta y cinco años: 16,2% contra 19,4% en 1980 y 21,6% en 1970. El monto de los beneficios no dejó, desde 1992, de ser superior al monto de las inversiones. En 1993, superó a estas últimas en 71 millones de francos. 71 millones ganados gracias a reducciones de personal, a "reestructuraciones" y a la "flexibilización" de efectivos, a la precariedad. 71 millones esterilizados, puestos en los mercados financieros.

En Alemania, los salarios netos representaban, en 1978, el 54 % del ingreso nacional disponible; los ingresos de capital representaban el 22 %, las prestaciones sociales y jubilaciones el 23 %. En 1994, la parte correspondiente a los salarios había caído al 45 % (es decir una reducción del 17 %), la parte correspondiente a los ingresos de capital y a los beneficios pasó al 33 % (es decir un aumento del 50 %). En moneda constante, los beneficios aumentaron el 90 % entre 1979 y 1994,

los salarios un 6 %, pero la proporción del impuesto sobre los beneficios en el total de los ingresos fiscales disminuyó la mitad durante esos quince años, pasando del 25 al 13 %. Era del 35 % en 1960, un período de fuerte expansión económica.

¿Era con certeza la presión de la competencia internacional lo que exigía esos cambios? ¿No sirve más bien como coartada para redistribuciones de abajo hacia arriba, de los más pobres a los más ricos, y para las ofensivas contra "el estado social" y los "privilegios" de los asalariados? ¿En qué explica la competencia internacional que los editores franceses hagan componer sus obras en Madagascar, en Túnez, en la isla Mauricio, para ganar algunas decenas de céntimos sobre el precio de costo de un libro? ¿Es para sostener la competencia que los fabricantes de camisas de lujo hacen coser en China artículos que venden cincuenta o cien veces más caros que su precio de costo? ¿O que Nike (o Reebok, o Puma) hagan fabricar sus zapatillas en las Filipinas, luego en Indonesia, luego en China y en Vietnam, donde el costo salarial de un par de "Pegasus", que se venden a 70 dólares, es de 1,66 dólares, y que los catorce gerentes norteamericanos de la firma hayan podido embolsarse un ingreso anual igual a los salarios de 18.000 obreros filipinos? ¿O que Ford eche de la noche a la mañana a los asalariados de dos de sus filiales mexicanas, que protestaban contra la semana de 50 horas, impuesta violando la ley mexicana? ¿Por qué, según la excelente fórmula de Alain Lipietz, la "competitividad" exige los costos salariales más bajos, pero acepta los costos patronales más altos?<sup>16</sup>

¿Que hicieron las firmas transnacionales con sus beneficios? Sus tasas de inversión en realidad han bajado en relación con su nivel de los años sesenta y setenta.<sup>17</sup> Lo que aumentó mucho, en cambio, es la distribución entre los accionistas, la remuneración de los administradores y de los CEOs, y:

1. las compras de empresas por parte de otras empresas (las "fusiones"), que han dado lugar a transacciones de un monto de 400 a 800 millones de dólares por año, contra 20 a 40 millones a comienzos de los años ochenta. El financiamiento de estas fusiones absorbió el 90 % de las inversiones de las transnacionales en el extranjero;<sup>18</sup>

2. las colocaciones puramente financieras en el mercado monetario y el mercado de cambios, sobre todo, con las cuales innumerables firmas (en especial Siemens, que es el trust europeo más grande) ganan más que con sus actividades productivas.

"El imperativo de la competitividad" tiene espaldas anchas; la globalización tiene espaldas anchas. Para sus actores principales, no es una restricción impuesta: es un conjunto de restricciones que imponen con el fin de imponer al mundo su poder. Ese poder planetario está concentrado en un número de manos cada vez menor. Sobre las 37.000 firmas transnacionales que controlan el 40 % de los intercambios mundiales y un tercio de la producción mundial contabilizable, 370 firmas (es decir el 1 %) controlan el 50% de los activos financieros. Según el Fondo Monetario Internacional (FMI), no más de 50 bancos controlan las transacciones cotidianas, de un monto de 1.400 millones de dólares, en los mercados de cambios. No más de seis bancos comerciales controlan el 90 % de las operaciones sobre los productos derivados.<sup>19</sup>

## 5. La Resistible Dictadura de los Mercados Financieros

La lógica financiera puede más que las lógicas económicas, la renta más que el beneficio. El poder financiero, al que públicamente se llama "los mercados", se autonomiza respecto de las sociedades y de la economía real e impone sus normas de rentabilidad a las empresas y a los Estados. El presidente del Bundesbank, Hans Tietmeyer, lo decía claramente en Davos, en febrero de 1996: "Los mercados financieros jugarán cada vez más el papel de 'gendarmes' [...] Los políticos deben comprender que ahora están bajo el control de los mercados financieros y no solamente de los debates nacionales".<sup>20</sup>

En esos mercados financieros, los fondos de pensión norteamericanos, que administran 8.000 millones de dólares, y los fondos comunes de colocaciones, han introducido una práctica que, habitualmente, se llama "chantaje y extorsión de fondos" o, en norteamericano, "racket". Eligen algunas firmas prósperas y bien cotizadas, compran en la Bolsa cantidades importantes de acciones, luego ponen a los dirigentes ante esta alternativa: o nos aseguran un dividendo por lo menos del 10 %, o cortamos el curso de sus acciones. Esta práctica, que hace de la máxima rentabilidad financiera a corto plazo el imperativo supremo, ha hecho subir el rendimiento de las acciones (el shareholder value) a niveles sin precedentes.

Estos hechos vuelven irrisorio el argumento según el cual el aumento de los gastos públicos reduce "el ahorro susceptible de concedérseles a las empresas [...] y así su capacidad de defender su competitividad".<sup>21</sup> ¿Por qué, con gastos públicos equivalentes a un 62 % del PBI, una tasa de deducciones obligatorias del 52 % del PBI, un salario mínimo horario de 80 F, una distribución del desempleo equivalente al 90 % del salario durante cinco años y una tasa de desempleo de jóvenes sin mayor importancia, Dinamarca tiene una de las economías más prósperas y competitivas del mundo? ¿Por qué con una de las tasas de descuentos obligatorios más bajas del mundo, Estados Unidos tiene de todos modos una de las tasas de ahorro más bajas y un endeudamiento enorme de los particulares, de 60.000 dólares por hogar?

"No vemos por qué el obrero francés ganaría de manera duradera mucho más que el obrero chino que hace lo mismo que él con una productividad comparable", observa P.N. Giraud.<sup>22</sup> Pero no se entiende tampoco por qué no habría, para los asalariados, como lo afirma P. N. Giraud, "más que una alternativa: es decir hacer lo que los países de bajo salario no saben todavía hacer, por lo tanto, en mi vocabulario, unirse al grupo de los 'competitivos'; sea ponerse al servicio de estos últimos" aceptando una reducción del ingreso.<sup>23</sup> ¿Por qué un crecimiento, en el seno de una población, de la proporción de "competitivos", cuyos ingresos son por lo general muy superiores a la media, no se acompañaría de una redistribución fiscal? ¿Por qué aquellos hombres y mujeres cuyo trabajo ha sido transferido a los obreros chinos no podrían estar al servicio, no ya de los "competitivos", que les pagarían personalmente por sus servicios personales, sino de las innumerables necesidades colectivas que siguen insatisfechas porque la colectividad no se atribuye los medios para financiar colectivamente su cobertura? ¿Por qué habría que disminuir continuamente los impuestos sobre los ingresos superiores (es decir los de los "competitivos"), sobre los ingresos financieros, sobre los beneficios no reinvertidos?

Autor. Andrés Gorz

La respuesta a estas preguntas no es económica; es política e ideológica. Las reducciones y las desgravaciones fiscales no reflejan elecciones económicamente racionales. Significan simplemente que los gobiernos nacionales se disputan el privilegio de retener en sus países o de atraer a ellos capitales financieros que, en busca de beneficios máximos inmediatos, se desplazan de un mercado al otro, de una divisa a la otra, a la velocidad de la luz, miles de veces por día. No se trata ya de que los Estados favorezcan la inversión productiva; se trata solamente de que eviten o frenen el éxodo de capitales de su territorio, o que atraigan por el dumping fiscal, el dumping social, el dumping salarial, las sedes sociales de las transnacionales, como lo hacen, con sus "centros de gestión",<sup>24</sup> Bélgica y los Países Bajos.

La tendencia a reemplazar los sistemas de protección social por seguros privados y cajas de jubilación privadas (por capitalización) se inscribe en la misma lógica: reemplazar la redistribución fiscal por el seguro privado; sustituir la administración social de la protección social por parte del poder político por una administración privada por parte del poder financiero.<sup>25</sup>

Con estas observaciones no pretendo en absoluto negar que sea necesario repensar y refundar sobre nuevas bases los sistemas de protección social. Se lo tratará en la cuarta parte. Digo solamente que son social, política y moralmente inaceptables las "reformas" que desmantelan los sistemas de protección social so pretexto de que constituyen "adquisiciones" caducas que, faltas de recursos, no son más financiables. Si no son más financiables, no es porque los recursos falten o porque deban ser afectadas prioritariamente respecto de la inversión de productividad. Si no son más financiables, es porque una parte creciente del PBI está afectado a remunerar el capital y porque la proporción atribuida a remunerar el trabajo no cesa de disminuir. Pero principalmente sobre ella se asienta el financiamiento de la protección social. Las luchas sociales que se han llevado adelante para defender las "adquisiciones sociales" deben ser entendidas, ante todo, como la defensa de un principio, a saber: para el poder del capital hay límites infranqueables en lo político, límites infranqueables para los derechos de lo económico sobre la sociedad. La redefinición de la protección social no es aceptable más que sobre la base del reconocimiento de este principio. Y el reconocimiento de este principio implica y exige, ante todo, que las sociedades recuperen el poder sobre sí mismas, poniendo fin, por una acción concertada, al poder que el capital financiero ha adquirido sobre ellas.

James Tobin, premio Nobel de Economía, recomendó desde 1975 una de estas acciones. Para encauzar las operaciones puramente especulativas en los mercados financieros, en ese momento preconizaba un impuesto del 0,1 % sobre las operaciones de cambio.<sup>26</sup> Este impuesto, estimaba, disminuiría en dos tercios el volumen de las transacciones y aportaría alrededor de 150 millones de dólares por año a los Estados. En 1995, en respuesta a las objeciones que se le habían hecho, Tobin presentó una nueva versión de su propuesta: apuntaba a impedir a los bancos sustraer sus operaciones a los impuestos al ir a instalarse —como habían amenazado con hacerlo— en "paraísos fiscales" o sobre barcos en alta mar. Esta nueva versión<sup>27</sup> prevé que los diferentes países, y en particular la Unión Europea, golpearían con un impuesto suplementario (del 0,04 %) cercano a su divisa a los organismos financieros extranjeros, comprendidas las filiales extranjeras de sus propios bancos. Este impuesto, que tendría una influencia mínima sobre los intercambios comerciales y las inversiones, estrangularía en cambio las operaciones puramente especulativas, cincuenta veces más importantes que los in-

tercambios de mercaderías, y reduciría muchísimo la capacidad de los mercados financieros de incidir sobre la política de los Estados.

Haría falta por cierto otros instrumentos para poner fin a la dictadura del capital financiero. Haría falta, ante todo, una voluntad política común de los Estados. Haría falta comprender y hacer comprender que el "poder irresistible de los mercados" no existe más que por la sumisión de los gobiernos al poder financiero, al que le sirve de coartada para retomar por su cuenta "la guerra que el capitalismo le declaró a la clase obrera", primero, a la sociedad después. Alain Lipietz no es el único en demostrar "que una Europa social, alternativa y solidaria es posible", la cual propondría al mundo otro modelo de "desarrollo", de sociedad y de relaciones Norte-Sur.<sup>28</sup> La misma idea (lo veremos un poco más adelante) capta ahora la atención de los "líderes de opinión" de Asia. Es de nuevo Lester Thurow quien recuerda que las reglas que rigen los intercambios mundiales siempre han sido definidas por la principal potencia comercial, y que la principal potencia comercial es —y por lejos— la Unión Europea.<sup>29</sup> Pueden darse los medios de presentar "una alternativa a las políticas monetarias anglosajonas". Puede, agrega Patrick Viveret, utilizar el euro como palanca con el fin de "oponer un modelo de desarrollo ecológico y social al modelo anglosajón con tendencia al *laissez faire*".<sup>30</sup> Puede transformar las relaciones Norte-Sur imponiendo sobre sus importaciones lo que Lipietz llama los "socioimpuestos" y los "ecoimpuestos",<sup>31</sup> cuyo producto sería integralmente restituido a los países exportadores del Sur, para mayor ventaja de las dos partes.<sup>32</sup>

## 6. El Espejismo Chino

A corto o mediano plazo, y con la condición de unirse para ese fin, a los Estados no les faltarán los medios necesarios para aflojar la dominación del capital desterritorializado, reconquistar márgenes de autonomía mayor e iniciar las transformaciones económicas, ecológicas y sociales fundamentales que conducirán a la superación de la sociedad salarial. No hace falta más que la voluntad política. Se me dirá que esa necesidad de salir de la sociedad salarial es un típico lujo de intelectual occidental en una época en la que la China y la India entran en ella a paso redoblado y cuando los expertos anuncian una nueva "onda larga" de expansión económica, propulsada por los "750 millones de consumidores" que, sólo en Asia, deberán disponer en el 2010 de un poder de compra comparable al de los salarios de los países ricos. El mercado asiático debería rendir su salud y su dinamismo al capitalismo global y a las economías occidentales, El crecimiento logrado debería hacer retroceder el desempleo en todas partes.<sup>33</sup>

Es preciso citar largamente el editorial, de una ironía devastadora, que *The Asian Wall Street Journal* consagró a este tipo de pronósticos en su número del 26 de octubre de 1995:

La idea de que el siglo XXI será el siglo de Asia y mantendrá la salud del capitalismo occidental, es uno de los fantasmas más extraños que jamás se haya apoderado de la imaginación occidental [...] Para los observadores dotados de espíritu crítico, es cada vez más evidente que las capacidades de producción de la región crecen mucho más rápido que las salidas que ofrece a sus productos. El crecimiento demasiado lento de la demanda solvente es el reverso de los bajos costos de producción.<sup>34</sup>



En resumen, no se han reunido las condiciones de un crecimiento endógeno, por más que, desde comienzos de 1994, Japón transfiera más capitales a Occidente de los que invierte en Asia.

De todos modos los expertos japoneses se alarman ante el hecho de que el Japón está a punto de convertirse en "una gran potencia del desempleo" [...], los líderes de opinión de la región comienzan a preguntarse si los problemas sociales y económicos de Europa, lejos de ser los signos de la decadencia europea, no son más bien problemas estructurales mundiales que, en el futuro, afectaran a Asia. Esta es la razón profunda de la nueva mirada que muchos líderes de opinión de Extremo Oriente echan sobre Europa. Si el *jobless growth* [el crecimiento económico acompañado de un crecimiento del desempleo] es un fenómeno planetario, no un fenómeno específicamente europeo, Europa solamente se ha adelantado respecto de los otros países en la experiencia que está haciendo. Las soluciones deberán, en consecuencia, venir también de Europa.

No se lo puede decir más claramente: la vuelta del casi pleno empleo gracias a cientos de millones de nuevos consumidores occidentalizados es un espejismo. La industrialización a la occidental y el crecimiento de tipo fordista no se reproducirán en todo el resto del mundo. La estrategia económica adoptada por los mismos "inversores" occidentales excluye la posibilidad. Basta, para darse cuenta, con leer a Keiichi Ohmae<sup>35</sup>, uno de los más eminentes estrategas del nuevo modelo de desarrollo capitalista: el "desarrollo a rayas". Es decir el desarrollo no ya del país o de territorios sino solamente, en China entre otros países, de enclaves (una veintena) cuyo ingreso, según Ohmae, podrá llegar a ser diez o veinte veces más elevado, por habitante, que el ingreso de los habitantes del resto del país. El "desarrollo", en suma, no deberá difundirse fuera de los enclaves, las riquezas de éstos no deberán ser redistribuidas por los Estados-Nación. El capitalismo debe poder producir su propia especialidad disociada de la de la nación: deberá poder amurallarse en "Estados Ciudades" y en "villas privadas" como ya se encuentran en Estados Unidos, conducir sus "guerras privadas" contra las poblaciones convertidas en nómades y guerreras tras la descomposición de la sociedad. Vuelta a las "guerras endémicas, sin forma, difíciles de estrangular",<sup>36</sup> cercanas a las *mad-maxerías* a las que ya se parecían las guerras sin frente que los ejércitos de ladrones emprendieron en Liberia y en Mozambique, entre otros países.

El modelo preconizado por Ohmae es el mismo que toma cuerpo en China, en India, en Malasia, en México, en Brasil... En la era posindustrial, el capitalismo propulsa "zonas económicamente especiales" que de antemano hay que defender, no ya contra "la inmigración" sino contra las migraciones internas, es decir esencialmente contra los campesinos sin tierra, contra el éxodo rural.

El modelo de industrialización que permitió el desarrollo de Occidente y de Japón no existe más. El tipo de industrialización que permitió urbanizar y dotar de salario a las masas rurales no existe más. Desaparecerá inclusive en China, donde pasó a ser obsoleta y no competitiva la industria tradicional que hizo vivir, antes del desarrollo del "comunismo de mercado", a 110 millones de asalariados empleados de por vida, a los cuales les aseguraba su "bol de arroz de hierro", es decir, el mínimo vital en materia de alimento, de alojamiento y de servicios.

A los casi 100 millones de inmigrantes chinos que -al igual que los "vagabundos" y los "bandidos" del siglo XVIII europeo- van de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo buscando ganarse el pan, se les sumarán otros 300 millones durante el primer decenio del siglo XXI. El BIT estima entre 17 y

20 % la tasa de desempleo actual de la población urbana china, con extremos del 34 %.<sup>37</sup> Las "zonas económicas especiales" donde se implantan las transnacionales, emplean 7 millones de personas en total.<sup>38</sup> Y ya la industrialización extensiva, la que crea masivamente empleos, pasó el límite de lo que es soportable desde el punto de vista ecológico.

Hay que saber, en efecto, que con un quinto de la población mundial, China no dispone más que de 85 metros cuadrados de superficie cultivable por habitante; que el 40 % de las superficies cultivables han sido destruidas desde 1995: 5 % por erosión y desertificación, 35 % por urbanización e industrialización. Hay que saber que de las diez ciudades más contaminadas del mundo, cinco se encuentran en China; que ésta sufre de una dramática escasez de agua; que la mitad de los cursos de agua han sido esterilizados por los desechos industriales y no tienen más peces; que el agua embotellada se vende en Pekín más cara que la leche y que los "bares de oxígeno" venden aire puro a los consumidores. Que dos tercios de la población, de la agricultura y de la industria están concentrados en los valles, a los que sólo diques en constante construcción pueden proteger contra las inundaciones. Hay que saber todo esto para medir hasta que punto, como escribe Jacques Robin "el discurso sobre el automóvil o la computadora individuales para todos está marcado por el absurdo para la ecología global."<sup>39</sup>

También hay que saber que, en escala mundial, existen entre 600 y 800 millones de desempleados; que habría que crear, por otro lado, 1200 millones de empleos para extender la sociedad salarial a aquellos o aquellas que entrarán en el "mercado de trabajo" de aquí al año 2025.<sup>40</sup> Hay que saber que la casi totalidad (99%) del aumento de la población (potencialmente) activa mundial tendrá lugar en las poblaciones pobres o muy pobres de los países llamados periféricos; las que disponen de un ingreso medio de menos de 40 o de menos de 120 dólares por mes. Y que las inversiones de las transnacionales en esos países crean a menudo más desempleados que empleos y no atenúan para nada, en todo caso, la extrema pobreza de la masa. Ignacy Sachs señala, por ejemplo, que "en la municipalidad de Campinas, uno de los principales polos tecnológicos de América Latina y responsable del 9% del PBI brasileño, el 40% de los habitantes tiene un ingreso insuficiente para adquirir la canasta de consumo adecuada".<sup>41</sup> Jeremy Rifkin demuestra que las filiales de las transnacionales en el Brasil, al igual que las maquiladoras -es decir las industrias que las grandes firmas norteamericanas implantan en las regiones fronterizas de México- están a menudo más automatizadas que sus equivalentes en Estados Unidos. Distribuyen una masa muy baja de salarios para propulsar la expansión económica por medio de la demanda solvente. En cambio, con la ayuda de la unión aduanera, abren el país a los productos de masa importados, lo que entraña la ruina de las pequeñas industrias locales y artesanales.<sup>42</sup>

Preocuparse por alternativas para la sociedad salarial no es, por lo tanto, un lujo de intelectuales decadentes de los países ricos. La sociedad salarial tiene menos futuro y promesas para la humanidad y para el mundo que el modelo social de Kerala;<sup>43</sup> o que las cooperativas de autoproducción técnicamente avanzadas en los Burgos agrícolas de India, cuyo desarrollo describió Alvin Toffler;<sup>44</sup> o que el high-tech self-providing propagado por Frithjoff Bergmann en Estados Unidos.

Todo esto se tratará más en detalle a continuación, sin que pretenda proponer un modelo hecho. Lo más urgente es hacer que nuestra mirada cambie, para que aprenda discernir, en el mundo que muere y se transforma, los gérmenes de otros mundos posibles.

Pero antes de abordar estas otras vertientes del cambio, hay que informar nuestra mirada y delimitar mejor la naturaleza, los actores y los sujetos posibles de las mutaciones en curso.

## Notas

1. Jeremy Rifkin: *The End of Work*, Nueva York, G.P. Putnam's Sons, 1995, En francés: *La fin du travail*, París, La Découverte, 1996. [Ed. Cast.: *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós, 1996]
2. Véase a este respecto la muy concreta e iluminadora "Critique de l'État providence" de Bo Rothstein, en J.-P, Durand. *La fin du modèle suédois*, París, Syros, 1994.
3. Jacques Robin puso en evidencia mejor que nadie las dimensiones múltiples de esta mutación que "afecta no sólo nuestra visión conceptual del mundo, sino nuestros medios de aprehender lo real". Demuestra que introduce en la historia de la humanidad una "ruptura fundamental": pone fin a "la era energética" que, desde el comienzo del neolítico se las ingenió para transformar la materia, poniendo en funcionamiento fuentes de energía cada vez más poderosas. La revolución informática pone en crisis la economía, la sociedad y, de manera más fundamental, la civilización capitalista. Véase sobre este tema J. Robin: *Changer d'être*, París, Le Seuil, 1989, especialmente los capítulos 1 y 5. Cf. Del mismo autor *Quand le travail quitte la société industrielle*, fascículos editados por el Grupo de Reflexión Inter y Transdisciplinario (GRIT) 1993-1994, 21 volúmenes de Grenelle, París.
4. Véase Lester Thurow: *The Future of Capitalism*, William Morrow, Nueva York, 1995,
5. Robert Reich: *The Work of Nations: Preparing ourselves for 21st Century Capitalism*, Nueva York, Random House, 1992, págs.302 .303. En francés: *L'economie mondialisée*, París, Le Seuil, 1969.
6. Véase André Gorz: *Réforme et révolution*, París, Le Seuil, 1969.
7. Henri Maler: *Convoiter l'impossible. L'utopie avec Marx, malgré Marx*, Paris, Albin Michel, 1995.
8. Jacques Bidet: "Il n'y a pas de communisme après le socialisme", expuesto en el Instituto de Investigaciones Marxistas, 15 de mayo de 1993. Jacques Bidet es codirector, con Jacques Texier, de la revista *Actuel Marx*, editadas por PUF y autor, entre otras obras, de *Théorie de la Modernité*, París, PUF, 1990.
9. Lester Thurow, *The future of Capitalism*, ob.cit.
10. Podemos hacernos una idea de la radicalidad alegremente subversiva de los movimientos de entonces leyendo o releendo Alexis Chassagne, Gaston Nontracher: *La fin du travail*, París, Stock 2, 1978; compuesto por extractos de libros, revistas, diarios franceses, norteamericanos e italianos, textos situacionistas, anarquistas y marxistas, en los cuales "¡Abajo el Trabajo!" vuelve como un leitmotiv. Ver también Franco Berardi, llamado Bifo: *Le ciel est en fin tombé sur la Terre*, París, Le Seuil, 1978.
11. P. Ingrao, R. Rossanda: *Appuntamenti di fine secolo*, Roma, Manifesto libri, 1995. La última frase de esta cita da una excelente definición de lo que T.W. Adorno llamaba la categoría de lo "no-idéntico". Será tema de

“El sujeto de la crítica” al final de este volumen.

12. Marco Revelli: "Economia e modello sociale nel passaggio tra fordismo e toyotismo" en P. Ingrao y R. Rossanda, ob. cit., págs. 211-213.

13. P. -N. Giraud: L'inegalité du monde, Paris, Gallimard, 1996, págs. 222-223. La bastardilla es mía.

14. Según J, Rifkin: ob. cit., cap. 11, págs. 173-174.

15. Según James Petras y Todd Cavaluzzi en Le Monde diplomatique, julio de 1996.

16. A. Lipietz: La société en sablier, Paris, Gallimard, col. "La Découverte" 1996.

17. Véase sobre todo Norbert Reuter: "Export als Droge", Die Zeit, 8 de noviembre, 1996.

18. Véase François Chesnais: La mondialisation du capital, Paris, Syros, 1995.

19. Informe de la Comisión de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo, 1994, François Chesnais, ob. cit.

20. Citado por A. Lipietz, ob. cit., pág. 313.

21. P.-N. Giraud: ob. cit., pág. 224.

22. Ibíd, págs. 277-278.

23. P.-N. Giraud: ob. cit.

24. Los centros de gestión permiten a cualquier firma sustraerse totalmente al impuesto sobre los beneficios o los plus-valores. El propio centro paga sólo un impuesto global módico.

25. Ver por este tema R. Passet: "La grande mystification des fonds de pension", Le Monde diplomatique, marzo de 1997.

26. Ver James Tobin: "A proposal for International Monetary Reform", Eastern Economic Journal, 3-4, julio-octubre, 1978.

27. J. Eichengreen, J. Tobin, C. Wyplosz: "Two Cases for Sand in the Wheels of International finance" The Economic Journal, 105, 1995. En Die Globalisierungsfalle, Rowohlt, 1996, págs. 118-123. H.P. Martin, H. Schumann ofrecen un acercamiento muy bueno a las objeciones y a las debates suscitados por la proposición de Tobin en los medios político-financieros.

28. A. Lipietz: ob. cit., págs. 318-322.

29. L. Thurow: ob. cit., estima que sólo la Unión Europea tendría los medios para imponer otras reglas de

juego, comprendidas en las relaciones con los países periféricos. En el mismo sentido, ver H.P.Martin y H. Schumann: ob.cit., págs 299-307, 322-323.

30. P. Viveret: "Monnaie et citoyenneté européenne" en: Transversales, 42, noviembre-diciembre, 1996. Este artículo desarrolla de forma convincente la tesis sugerida por el ex canciller Schmidt en el diario Le monde del 9 de noviembre de 1996: no dejando de endurecer los criterios de convergencia definidos en el Tratado de Maastricht, el Bundersbank busca "torpedear" el euro poniendo a los pueblos europeos (incluido el pueblo alemán) contra la moneda única, cuyo costo social vuelve exorbitante. Inclusive si el euro es introducido como se prevé, la política monetarista, antisocial, estructuralmente deflacionista que impondría a Europa su gobierno económico por un banco central soberano, provocaría más tarde o más temprano la desintegración de la Unión. La estrategia del poder financiero planetario consiste, en suma, en servirse del euro para "torpedear" el euro y de la Unión Europea para "torpedear" a la Unión Europea en función de una hegemonía del dólar secundado por el Deutschemark. Pero es precisamente para poner fin a esta hegemonía que originalmente se diseñó la moneda única.

31. A. Lipietz: ob. cit., pág. 326.

32. P-N. Giraud demuestra de manera concreta el carácter mutuamente ventajoso de una política tal en L'inégalité du monde, ob. cit., págs- 314-315.

33. En un célebre artículo publicado por The Economist Asia Survey, del 30 de octubre de 1993, John Rohwer predecía que en el año 2000 Asia contaría con 400 millones de consumidores que dispondrían de un poder de compra "por lo menos igual al de la media de los habitantes de los países ricos [...] El crecimiento explosivo y la grandeza absoluta de las clases medias de Asia, en consecuencia, deberían crear para el mundo de los negocios y de las finanzas oportunidades que se contarían entre las más grandes que la historia jamás les haya ofrecido. A las firmas occidentales bien alertas y sus asalariados se les asegura que aprovecharán enormemente esto". Citado por Richard Smith: "China and the Global Environment", New Left Review, 222, marzo-abril, 1997. Para una población de casi 950 millones de personas, India no cotaba al comienzo de los años noventa más que con 600.000 hogares que disponían de un ingreso de 10.000 dólares o más al año.

34. Esta cita, así como los comentarios que siguen, están tomados de un largo artículo de excepcional interés de Rüdiger Machetzki, del Instituto de Estudios Asiáticos (Institut für Asienkunde) de Hamburgo, Die Zeit, 10, 1º de marzo 1996, pág. 14.

35. Keinichi Ohmae: De l'État nation aux États région, París, Dunod, 1996. K. Ohmae es el director para Japón de la firma de consultores McKinsey & Co.

36. Paul Virilio: "De la géopolitique à la métropolitique", Transversales, 41. Se trata de un fragmento de La ville et la guerre (aparecido en septiembre de 1996).

37. El BIT (Bureau International du travail) define como desempleados a las personas que no pueden asegurar su subsistencia con su trabajo.

38. Cf. Richard Smith: "China and the Global Environment", art. cit.

39. Jacques Robin: "Occidentalisation et mondialisation: le Prix à payer" en *Un terre en renaissance, Savoirs 2/Le monde diplomatique*.

40. Según el informe de 1995 del Banco Mundial, la población activa mundial pasará de 2500 millones de personas en la actualidad a 3700 millones de personas en el año 2025. La tasa actual de desempleo mundial es ya superior al 25%, si es que esta noción tiene algún sentido.

41. I. Sachs: "L'urbanisation ou la déruralisation?" en *Transversales*, 41, septiembre-octubre 1996.

42. Ver. J. Rifkin: "L'automatisation du tiers-monde", *ob.cit.m cap. 13*.

43. El estado de Kerala, católico y comunista, en el lado sudoeste de la India, es por su ingreso per cápita uno de los países más pobres de la Federación india; pero su "indicador de desarrollo humano" – por el cual el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) mide la calidad de vida de las poblaciones- es muy superior al de los Estados más ricos.

44. A. Toffler: *La troisième vague*, París, Denoël, 1980. En esta obra monumental, rechazada por los marxistas con un desprecio estúpidamente sectario, hay que leer o releer ante todo el capítulo 23: "Ghandi más satélites", crítica radical de lo que Serge Latouche llamará "la occidentalización del mundo" y que muestra la posibilidad de integrar las tecnologías de Tercera ola (la microelectrónica) a la cultura de las sociedades preindustriales. Ver también el capítulo 20, "Cuando el prosommateur sale de la sombra" donde Toffler demuestra que "lo que parece ineficiente cuando se razona tradicionalmente en términos de [producción para el mercado ] puede ser extraordinariamente eficiente si se considera la economía en su conjunto en lugar de no ver en ella más que una sola parte".